



Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.

1 CORINTIOS 10: 11

Hace algún tiempo leí acerca del empleado de una empresa que estaba muy molesto porque no recibía ningún ascenso. Llevaba muchos años en el mismo puesto y con el mismo salario. Se dirigió al despacho de su jefe y le dijo: «Tengo veinticinco años de experiencia. Sin embargo, la empresa no lo ha tenido en cuenta». El jefe respondió: «No, Roberto. Usted tiene *un* año de experiencia repetido una y otra vez a lo largo de los últimos veinticinco años».

Repetir la misma lección, la misma experiencia, año tras año significa que uno está estancado, que no aprende lo suficiente. Es imprescindible avanzar e ir más allá en el aprendizaje. No permitamos que el egoísmo cierre nuestra mente y ciegue nuestros ojos para no ver y aprender del ejemplo de otras personas. Pensar que ya lo sabemos todo y que somos mejores que los demás es ser orgullosos y detener nuestro progreso. Seamos humildes. Estudiemos a aquellos que han tenido éxito, donde deseamos tenerlo nosotros, con el propósito de descubrir qué hacen y qué no hacen.

Ben Feldman dijo: «Solamente un insensato aprende de su propia experiencia». Y el apóstol Pablo enseña que lo que les sucede a los demás constituye un ejemplo para nosotros. Se trata de lecciones que debemos aprender para no cometer sus mismos errores.

Los personajes bíblicos tienen mucho que enseñar. Selecciona a algunos de ellos y aprende, para tu propio bien, en cuanto a su conducta, su actitud, su respuesta ante Dios, la forma en que reaccionaron en diferentes circunstancias, y las situaciones que la vida les presentó. Si enfrentas una tentación que se repite vez tras vez, fíjate en José. Si quieres saber cuál es el precio de ser leal a Dios, entonces estudia la vida de Daniel. Si quieres conocer el resultado de murmurar contra los siervos de Dios, contempla el caso de María y de su hermano Aarón. Si quieres saber lo que significa golpear la piedra cuando Dios dice que te limites a hablarle, entonces pregúntale a Moisés. Si deseas superar tu complejo de inferioridad, acude a Gedeón. Para levantarte del fracaso, dirígete a Pedro. Para la asunción de riesgos, vete a la reina Ester.

Hoy sé honesto y abierto. Debes estar dispuesto a aprender. Acércate a la Palabra de Dios y enriquece tu vida. Todo lo que les sucede a otras personas es también un ejemplo para ti.

Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.

2 TIMOTEO 1: 5

El mundo que nos rodea observa meticulosamente, “con lupa” y hasta con microscopio diría yo, a los que llevamos el nombre de cristianos. Legítimamente, buscan encontrar en nosotros alguna cosa genuina y verdadera. Se fijan en nosotros para comprobar que nuestras palabras están en consonancia con nuestro estilo de vida, es decir, para verificar si nuestro estilo de vida está de verdad a la altura de aquello en lo que decimos creer. Desgraciadamente, demasiadas veces descubren que en nuestros motivos y acciones existen demasiadas incongruencias, o, peor aún, que no existe nada genuino y verdadero.

La calidad de la conducta cristiana da poder al testimonio del creyente. El éxito al compartir la fe descansa en una vida en la que Jesús se refleja libre de toda sombra. Podemos conocer las veintiocho creencias fundamentales de la doctrina adventista y exponerlas con toda claridad, pero si la teoría que decimos respetar no es congruente con la práctica, nuestra fe no supondrá ningún impacto para las personas que se relacionen con nosotros.

Jesús procuró que cada una de sus enseñanzas fuera entendida a la luz de sus acciones, y eso lo apreciaban hasta aquellos que no querían aceptarlas. Nuestro Señor enseñó que era menester orar y no desmayar, y frecuentemente se le encontraba de rodillas en oración en lugares apartados. Enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos. Incluso mientras lo crucificaban pidió perdón a Dios por los soldados que traspasaban sus pies y sus manos. El Rey del universo habló de dar al César lo que es del César y pagó los impuestos cuando le fueron requeridos; enseñó que había que predicar el evangelio del reino y se le vio caminando por todas las aldeas y ciudades de la tierra de Israel alcanzando a los perdidos.

Compartir nuestra fe consiste en encuentros privados con un solo individuo o en reuniones públicas, más o menos concurridas, en las que expresamos verbalmente lo que significa Dios para nuestra vida. No obstante, las personas “escuchan” más lo que hacemos que lo que decimos. Mil palabras nunca tendrán más impacto que el ejemplo. Con razón se ha dicho «Lo que haces habla tan fuerte que no me deja escuchar lo que dices».

Vive hoy una vida que refleje la verdadera naturaleza de tu amor por Jesucristo. Es la única manera en que podrás traspasar tu fe a tus hijos, tus vecinos y tus amigos.



Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame».

MATEO 16: 24

Cuando Jesús, durante su ministerio terrenal, invitaba a la gente a seguirlo, no era difícil entender el significado de sus palabras. Después de todo, él se encontraba aquí físicamente. Él dijo a los pescadores y a los cobradores de impuestos: «Venid en pos de mí». La respuesta de estas personas se plasmó en el acto concreto y físico de poner los pies en la tierra, caminar tras el Salvador y convertirse en sus compañeros de viaje.

Aunque ya no está aquí físicamente, el Señor continúa extendiendo su invitación a seguirlo. ¿Qué significa hoy seguir a Jesús? Seguirlo no se limita ya a recorrer la tierra de Israel tras él. Se trata más bien de una invitación a cada persona en cada país y en cada época.

Seguir a Jesús significa unirse a él para continuar lo que vino a hacer: llamar a los pecadores al arrepentimiento, buscar lo que se ha perdido, dar a conocer la vida abundante que ofrece a todos los que viven en la miseria del pecado, traer gloria al nombre de Dios. Ir en pos de él significa recoger con él, no desparramar. No hay seguidores neutrales. O recogemos o desparramamos. Los creyentes nos hemos unido a él para continuar su labor: congregar un pueblo leal para la gloria de su Padre.

Seguir a Jesús, además, significa que debemos ser partícipes de sus sufrimientos. Cuando Jesús nos llama a seguirlo, hace hincapié en el sufrimiento. Ningún seguidor de Jesús debe extrañarse de que el mundo se le vuelva en contra, de que lo desprecien o de que traten de hacerle difícil la vida. Jesús sabía que se dirigía a la cruz, y nos exige hacer lo mismo. Él sabía que su propio dolor caería sobre aquellos que lo seguían. Nos llama a seguirlo en su sufrimiento, porque esta vida de gozoso sufrimiento por Jesús demuestra que él vale más que todos los tesoros por los que vive el mundo.

Seguir a Jesús es de importancia suprema, y conlleva ciertos comportamientos: romper relaciones con otras personas o con ciertas posiciones; sufrir con él y complacerlo en todo. Es costoso, pero vale la pena.

Si algo obstaculiza que sigas a Jesús en el verdadero sentido del término, debes librarte de todo estorbo. Decide hoy renunciar a todo para estar a la entera disposición de Jesús, para los propósitos que él estime convenientes.

Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día.

DEUTERONOMIO 8: 18

Muhammad Ali (Cassius Marcellus Clay) es considerado por muchos entendidos el mejor boxeador de todos los tiempos. Ganó 56 de sus 61 peleas profesionales y dejó fuera de combate a 37 de sus oponentes. Su frase más famosa fue «Yo soy el más grande».

Un día, Ali estaba sentado en un avión. Cuando uno de los asistentes de vuelo vino por el pasillo comprobando que todos los pasajeros tuviesen puesto el cinturón de seguridad, al llegar al asiento de Ali le pidió abrocharse. «*Supermán* no necesita cinturón», sonrió con desprecio el púgil. El asistente de vuelo sonrió dulcemente y replicó, «*Supermán* tampoco necesita un avión». Ali se colocó su cinturón.

Cuanto mayor sea nuestro éxito, mayor será el riesgo de que nos vanagloriemos y de que consideremos que nuestra inteligencia y nuestra capacidad como son los únicos factores de nuestra prosperidad. Dios queda relegado de nuestras vidas y el yo recibe toda la alabanza.


El historiador escocés Thomas Carlyle observó: «Parecería que la adversidad es muy difícil para los hombres. Sin embargo, por cada cien personas que se mantienen en pie frente a la adversidad, solo hay una que se mantiene en pie frente a la prosperidad. El éxito repentino frecuentemente lleva al orgullo y a la caída. Para sobrevivir, la prueba más exigente de todas es la prosperidad».

¿Cómo ves lo que has llegado a poseer? Quizá después de ser pobre o de ocupar posiciones sin importancia, ahora goces de muchas comodidades. Quizá seas dueño de varias casas, o el pequeño negocio se ha convertido en una gran empresa. Puede que hayas alcanzado una posición de prestigio y fama. ¿Qué piensas al considerar el éxito alcanzado?

Debes considerar tus logros no como resultado de tu fuerza, sino como una bendición de Dios. Él es quien da la fuerza y los talentos para triunfar. Todo lo que tienes, lo has recibido de la mano de Dios.

Si eres inteligente, si tienes buena salud o buena formación académica, debes darle las gracias al Señor y dejar a un lado toda arrogancia. Tú no lograste el éxito; lo recibiste como un regalo de Dios.

Camina en humildad delante de Dios. Para no ser humillado bajo su mano poderosa, dile hoy al Señor: «Todo te pertenece a ti; yo soy solamente tu mayordomo».

 Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.

2 CORINTIOS 5: 20

Puedes imaginarte lo que sucedería en la sociedad si cada cristiano viviera de verdad como un embajador del Señor Jesucristo? Un embajador sostiene una posición de gran honor y responsabilidad. Las personas seleccionadas para desempeñar ese cargo reciben una preparación muy especial y deben tener un entendimiento claro de lo que significa su deber. Tienen que conocer la mente del presidente o del primer ministro de su país y representar solamente sus intereses. La persona que está más preocupada por sus propios intereses y por dar sus opiniones nunca cumplirá los requisitos mínimos para acceder a esa responsabilidad.

Muy a menudo, los embajadores son llamados por sus gobernantes después de dos o tres años de servicio, incluso aunque no haya un cambio de gobierno motivado por unas elecciones generales. El gobierno suele cambiar sus embajadores con cierta periodicidad, pues cabe la posibilidad de que, al permanecer largo tiempo en otro país, acaben estando más comprometidos con los intereses de ese país que con los del suyo propio.

Por el mismo motivo, también nosotros, como embajadores del cielo, debemos guardar nuestro corazón, para que no esté más en armonía con los intereses de este mundo que con los de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El apóstol Pablo escribió: «Porque Demas me ha desamparado amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica» (2 Tim. 4: 10). Esto puede suceder fácilmente. Demas fue seducido por las cosas de este mundo. Los placeres mundanos apelaron a sus deseos carnales hasta desviarlo de su deber como hijo de Dios.

A diferencia de lo que hacen los gobiernos humanos, Dios no cambia sus embajadores cada poco tiempo. Hemos sido comisionados para representar los intereses de Jesús a perpetuidad. Nuestra mente y nuestro corazón deben centrarse solo en los intereses de nuestro Rey, el Señor Jesucristo. No estamos en este mundo para expresar nuestras propias opiniones, ni para representar los intereses del dios de este siglo. Estamos aquí para representar el gobierno del Dios verdadero, las leyes del cielo y para dar a conocer el mensaje de salvación. Si tememos a los hombres y buscamos su alabanza, nunca podremos representar a nuestro Rey y a su reino.

Vive hoy como un embajador de Jesús. Que por tus palabras y tu conducta el mundo sepa que representas al Rey eterno.

Respondiendo Jesús dijo:

«¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?»

LUCAS 17: 17



La historia de la curación de los diez leprosos realizada por Jesús es muy interesante. Si la lees cuidadosamente, podrás encontrar, como mínimo, tres importantes lecciones:

1. Los leprosos aprovecharon el momento; no dejaron pasar su única oportunidad. Escúchalos «¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!» (Luc. 17: 13). Las personas desesperadas actúan. ¿Quién se cuida de las apariencias o de lo que pueda decir la gente cuando la casa se está quemando? Jesús estaba frente a ellos, era su única oportunidad de ser sanados, y aprovecharon ese momento. ¿Aprovechas la oportunidad cuando se te presenta? Cuando la lepra del egoísmo daña tu corazón y Jesús se te aparece a través de un mensaje, de una lectura o de una amonestación, ¿clamas «Jesús, ten misericordia»? Cuando Jesús te confronta con tu pecado, ¿aprovechas, para decirle «Ten misericordia de mí»? La cosa más grande que le puede ocurrir a una persona es que Jesús pase frente a ella. Hoy Jesús está frente a ti. Aprovecha, no lo dejes pasar sin que haga algo por ti.
2. Los leprosos creyeron aunque no vieron. «Les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes, y aconteció que mientras iban, fueron limpiados» (Luc. 17: 14). Jesús les declaró que estaban limpios. Aunque no veían prueba alguna de tal cosa, creyeron las palabras del Señor. Salieron a mostrar al sacerdote que estaban limpios. Cuando ores al Señor, cree que el milagro ya sucedió. Insiste, a través de los obstáculos de la duda y la inseguridad, hasta que veas tu milagro. En la marcha verás con tus propios ojos lo que pediste en oración. Muchas veces la acción de Dios no es un solo paso, sino un proceso. Camina día tras día dependiendo del Señor.
3. Sorprendentemente, solo uno de los diez leprosos sanados regresó para dar las gracias a su Sanador. Por esa razón preguntó Jesús: «Y los nueve, ¿dónde están?» (Luc. 17: 17). ¿Estaban ocupados?, ¿Absortos en sí mismos, o simplemente eran olvidadizos?

Esta mañana Jesús pasa frente a ti. Acude a él desesperado y clama: «Ten misericordia de mí». Aproveche tu oportunidad, cree que el milagro ya ha sucedido, y acuérdate de darle las gracias.



Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

HECHOS 20: 24

Eran las siete de la tarde del 20 de octubre de 1968. Solamente unos pocos espectadores permanecían en el estadio olímpico de la ciudad de México. Ya casi oscurecía cuando el que parecía el último de los corredores rezagados del maratón, dando traspies, atravesó la línea que marcaba la meta. De pronto, los espectadores escucharon sorprendidos el ulular de las sirenas de los autos de la policía. Atraídos por el inesperado ruido, sus ojos giraron hacia la entrada al estadio y contemplaron un solo corredor que avanzaba lentamente, tambaleándose, vestido de los colores de Tanzania. El joven, llamado John Stephen Akhwari, era el último de los setenta y cuatro competidores que llegó a la meta, con una profunda herida en la rodilla que le hacía cojear. La herida se la causó una caída al principio de la carrera. Poco después, alguien le preguntó por qué había seguido corriendo. Su respuesta, que se hizo muy famosa, fue: «Mi país no me envió a siete mil millas de distancia para iniciar la carrera, sino para finalizarla».

La Palabra de Dios a menudo compara la vida cristiana con una carrera. El apóstol Pablo así lo consideraba cuando afirmó: «He acabado la carrera». No siempre es fácil terminar la carrera, pero un buen corredor nos dirá que la única manera de lograrlo es correr un kilómetro cada vez, nada más. La hora de pensar en el kilómetro siguiente es cuando se acaba el anterior. Si se piensa en la distancia total de la carrera, se despertarán sentimientos de desánimo.

Tú fuiste llamado por el Señor Jesucristo para entrar en la carrera de la vida cristiana. Has sido llamado no solo para comenzar la carrera, sino para finalizarla, para llegar a la meta. No se trata únicamente de comenzar amando a Cristo, sino de ser fieles a él hasta el final. Fuiste llamado para comenzar a guardar el sábado, y también para terminar observándolo, para comenzar a devolver el diezmo con fidelidad y para terminar de la misma manera. Fue llamado para creer en la segunda venida de Cristo y terminar tus últimos días en esta tierra creyendo en esa bienaventurada promesa. Fuiste llamado para comenzar y terminar con gozo.

Toma hoy la decisión firme de correr hasta el final, de terminar la carrera que iniciaste. Pide al Señor que te dé ánimo y fortaleza y que te mantenga fiel hasta el último día.